



CANTO XXVI

Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinación y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardín y estancia del mago Fitón

Nadie puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto,
Ni está libre del mar tempestuoso
Quien surto no se ve dentro del puerto;
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto:
Jamás próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aquí la historia.
Cuán poco les duró á los araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria;
Pues llevando de rota á los cristianos,
Y habiendo ya cantado la victoria,
De los contrarios hados rebatidos
Quedaron vencedores los vencidos.

Que, como es dije, el escuadron postrero
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre mas entero
Al bárbaro enemigo retraia,
Que aunque el fuerte Lincoya el delantero
A la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El impetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla, quebrantada
La dañosa soberbia y osadia,
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvía,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todos ya se habia mostrado.

Signen los nuestros la victoria apriesa,
Que aun no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido;
El gran estrago y mortandad no cesa;
Suenan el destroz y áspero ruido,
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida,
Que con impacientísimo deseo
Atajados los pasos y huída
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, jabalinas:

Como los nuestros hasta allí cristianos,
Que los términos lícitos pasando
Con crueles armas y actos inhumanos,
Iban la gran victoria deslustrando:
Que ni el rendirse, puestas ya las manos,
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
A reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destroz de la guerra,
Huye del grande estrago que este día
Hubo en los defensores de su tierra
La sangre que en arroyos ya corría
Por las abiertas grietas de la tierra,
Las lástimas, los votos y gemidos
De los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
Su mayor escuadrón desbatado,
Perdiendo todo el ánimo dejaron
La tierra y el honor que habían ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso, aunque largo, concertado,
Altas y campeando la banderas,
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que desbaratada ya su gente,
Y puesta en rota y misera huída,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida
Dando mas furia á la ferrada maza
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí, como invencible y valeroso,
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infructuoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso
Volviende el rostro atrás de cuando en cuando
Tomó á la diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente destrozada
Había el temor algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada,
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada
En escuadrón formado y recogido
Vuelven el rostro y pechos esforzados
A la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
A vueltas del rumor también andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,
Apresuré los pasos acudiendo
Acia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad que todo es nada»;
Mas ellos el peligro ponderando
Dificultaban la dudosa entrada;
Yo pues á la sazón á pié arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo: «¡Oh don Alonso! Quien procura
Ganar estimación y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse:
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los indios entregarse,
Que al que abriere la entrada defendida
Le será la victoria atribuida.»

Oyendo pues mi nombre conocido,
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido
No pudiendo del trance ya excusarme,
Por lo espeso del bosque y mas temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon y Coronado.

Los cuales de vivir desesperados
Los obstinados indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron;
En esto ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa

Renuévase el destroz, reduciendo
A término dudoso el vencimiento,
El menos animoso acometiendo.
El mas dificultoso impedimento.
¿Cuál será aquel que pudiera ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quién á cuál allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos;
Por los muslos y cuerpo otros cercenan,
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos,
Que vinieron algunos de impacientes
A los brazos, á puños y á los dientes.

TOMO I

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora
Remató la contienda y gran jornada:
Que la gente araucana en poca de hora,
En aquel sitio estrecho destrozada,
Quiso rendir al hierro antes la vida
Que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demás con pasos ordenados
Como ya dije atrás se retiraron:
De manera que ya nuestros soldados
Recogiendo el despojo que hallaron
Y un número copioso de prisiones
Volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los mas dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituidos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazón al señalar llegando
De la cruda sentencia, condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando
Que debajo del peto había escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no sanos.

Era pues Galvarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que porque fuese ejemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por justicia:
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte
Habló mirando á todos desta suerte:

31

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste día!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mía:
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza;
Que si la odiosa vida dilatamos
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que cuando el justo fin no consigamos,
Tenemos en la espada confianza,
Que os quitará en nosotros convertida
La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues ya ¿qué esperais ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago;
Pero si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba;
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias, procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo que estaba á par dél considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecía;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenía,
Forzado me aparté, y él fué llevado
A ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solemnidad y desatino
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel día
Un modo de matar jamás usado:
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fué entregado,
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros
Del cierto asalto la señal tocando
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que lijeros
Por los mas grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno dellos, algo arrepentido
De su lijera priesa y diligencia,
A nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia
Los ánimos cristianos comoviendo,
Habló contritamente así diciendo:

«Valerosa nación, invicta gente,
Donde el extremo de virtud se encierra:
Sabed que soy cacique y descendiente
Del tronco mas antiguo desta tierra;
No tengo padre, hermano ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra,
Y pues se acaba en mí la descendencia,
Os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir, si Galvarino
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: «Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?

»Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable,
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado aunque adverso tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte,
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.»

Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble cacique arrepentido
Al cuello el corredizo lazo echado
Quedó de una alta rama suspendido.
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado
Aun á la misma muerte no rendido;
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando al infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desmán ni impedimento
A la bajada y sitio desdichado,
Do Valdivia fundó la casa fuerte,
Y le dieron después infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa circundaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con menos daño y mas seguro estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla sin sangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del día
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra,
Dejando un trecho atrás la compañía
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida
Diciendo: «¿Dónde vais, que no hay salida?»

Volví el rostro y las riendas acia el lado
Donde la estraña voz habia salido,
Y vi á Fiton el mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido,
Sobre el herrado junco recostado;
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté lijeramente
Saludándole alegre y cortesmente.

Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legitima venganza,
Y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
Pero aunque mas razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ni será justo dañaros,
Antes en lo que es licito ayudaros.

»Que es orden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo;
Y aunque vuestra ventura agora crezca
No durará gran tiempo, porque os digo
Que como á los demás el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.

»Si la fortuna así á pedir de boca
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada.
Y porque á mí decir mas no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que también desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.

Yo de le ver así maravillado,
Y mas de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado
Le quise hacer un rato compañía;
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guía,
Hendimos la espesura y breña estraña
Hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrisono ruido
Se abrió una estrecha puerta y boca oscura
Por do tras él entré erizado el pelo
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista;
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.

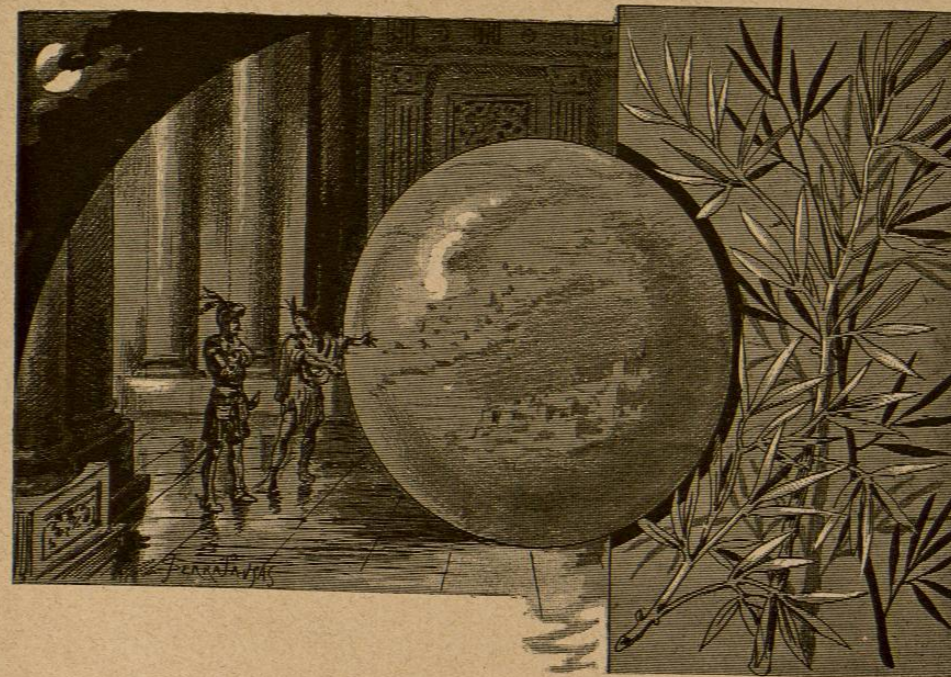
Abriéronse en llegando el mago al punto
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores
Cuando mas rica primavera envía,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á señalarme,
El mundo me mostró como si fuera
En su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto
Vi dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, señor, os ruego que entre tanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.



CANTO XXVII

Pónese la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase también cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto mas breve y menos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa y nos enfada:
Que el manjar mas sabroso y sazonado
Os deja cuando es mucho empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ser sabroso al gusto y al oído?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido:
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El estraño camino considere,
Y que mas que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así á nuestro propósito volviendo
Os dije como el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfigo y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las mas menudas sabandijas.